

## La paciencia todo lo alcanza

Pablo Leiva Rojas

En estos días de pandemia por el coronavirus es fácil escuchar hablar de “la paciencia”. Todos la piden, la buscan, la reclaman: padres, hijos, abuelos, autoridades, personal sanitario, enfermos, educadores, sean estos adultos, jóvenes o niños. La virtud de la paciencia para nadie es indiferente, tampoco para mí, al contrario la anhelo con todo el corazón.

"Más vale el hombre paciente que el héroe, el dueño de sí que el conquistador de ciudades" (Pr 16,32). Esta afirmación del sabio del AT nos pone frente al valor y la importancia en la vida del ser humano de la virtud de la paciencia; virtud que debemos alcanzar con la ayuda de Dios y, por supuesto, con nuestro trabajo interior, modelando el corazón a la luz de la paciencia de Dios. Para alcanzar la paciencia vale el refrán “a Dios rogando y con el mazo dando”. Adquirir un corazón paciente implica un esfuerzo cotidiano que hará florecer en nosotros otras virtudes de buen provecho, tales como: perseverancia, caridad, mansedumbre, fortaleza, respeto, prudencia, dominio de sí, entre otras.

Una definición clásica de esta virtud nos dice que es la capacidad de padecer o soportar algo sin alterarse. Lleva al ser humano a poder soportar contratiempos y dificultades para conseguir algún bien. En definitiva, es saber sufrir bien y tolerar las contrariedades y adversidades con fortaleza y sin lamentarse.

Encontramos muchos escritos que nos dicen que la paciencia significa tener autodominio cuando no se puede controlar la manera de actuar de una persona o cuando las cosas no salen como se quiere. Ser paciente es ser sereno y tolerante frente a las dificultades.

Por lo tanto, tener paciencia significa esperar, soportar sin alterarse ante una demora o situación molesta. Paciencia es perseverancia, es esperar el tiempo que sea necesario para terminar algo. Además, es la capacidad para hacer trabajos minuciosos o pesados.

La paciencia no es resignación, ni ser insensible, tampoco pasivos frente al mal o la injusticia, sino actuar con sabiduría dejándose guiar por el ejemplo de Dios.

Desde la fe sabemos que Dios es paciente (cf. 2Pe 3,9; Sal 103, 8) y eso lo podemos ver a lo largo de la Historia de la Salvación. Lo es “frente al pueblo, ‘de dura cerviz’, como frente a las naciones pecadoras en donde Dios se muestra paciente, porque les ama y quiere salvarlos. Esta es la paciencia divina de la que Jesús da suprema revelación y un modelo acabado que deberá imitar el hombre (Ef 5, 1; Mt 5, 45) y el discípulo, a ejemplo de su maestro, quien deberá afrontar la persecución y las pruebas en una fidelidad constante y gozosa, totalmente llena de esperanza y, de manera humilde, deberá también soportar cada día los defectos del prójimo con mansedumbre y caridad” (X. Léon-Dufor: Vocabulario de Teología Bíblica).

Pero, ¿cómo es la paciencia de Dios a la que debemos aspirar desde la fe? Encontramos en los evangelios varias parábolas que nos muestran la paciencia de Dios. Comparto una de ellas que representa este valor en todo su esplendor:

*"Les dijo esta parábola: «Un hombre tenía plantada una higuera en su viña, y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. Dijo entonces al viñador: "Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala; ¿para qué va a cansar la tierra?" Pero él le respondió: "Señor, déjala por este año todavía y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono, por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas."»" (Lc 13,6-9)*

Jesús nos muestra el valor de la paciencia, una paciencia que da siempre una nueva oportunidad. Dios es paciente con el ser humano esperando que alcance la estatura, la dignidad con la que fue creado. Él sabe esperar, pero también quiere que trabajemos para que el Espíritu haga fructificar lo que Dios espera de nosotros: "amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí" (Ga 5,22).

Un punto importante es hacer mención a la paciencia "consigo mismo". Normalmente decimos que debemos tener paciencia con los demás siendo empáticos y tolerantes, pero pocas veces pensamos en lo importante que es tener paciencia con uno mismo. Esto no es un tema menor, muchos problemas nos evitaríamos si trabajáramos seriamente este aspecto de nuestra vida. Se trata de aceptarnos con nuestros defectos, limitaciones y fragilidades, no por resignación como lo dije antes, sino por salud física, mental y espiritual. Aceptar nuestra realidad, asumiendo con valentía lo que somos y tenemos, valorando nuestras capacidades y talentos, pero sobre todo queriéndonos y reconociéndonos amados, no sólo por nuestro entorno, sino por Dios mismo.

Para terminar esta breve reflexión les invito a rezar junto a Santa Teresa de Jesús (Ávila, España 1515 – 1582) algunos de los versos de su hermosa oración.

*Nada te turbe,  
Nada te espante,  
Todo se pasa,  
Dios no se muda,*

*La paciencia  
Todo lo alcanza;  
Quien a Dios tiene  
Nada le falta:  
Sólo Dios basta.*

*Eleva el pensamiento,  
al cielo sube,  
por nada te acongojes,  
Nada te turbe.*

*A Jesucristo sigue  
con pecho grande,  
y, venga lo que venga,  
Nada te espante.*